



PEDRO GINFERRER

Visión rápida de un poeta, a través del cuestionario Marcel Proust y del breve comentario de cuatro frases célebres sobre poesía.

¿La flor que prefiero?: La rosa.

¿El pájaro que prefiero?: Entiendo poco de pájaros.

¿Mis autores preferidos en prosa?: Actualmente, Proust, Henry James, Cervantes, Faulkner.

¿Mis poetas preferidos?: Ezra Pound, Saint John Perse, T. S. Elliot, Lautréamont, Lorca, Alejandro, W. Stevens.

¿Mis héroes de ficción?: El mito Humphrey Bogart como personaje cinematográfico.

¿Mis heroínas favoritas de ficción?: Los mitos Marilyn Monroe, Greta Garbo o Harlow.

¿Mis compositores preferidos?: Bach, El «jazz» y en éste, a John Coltrane.

¿Mis pintores predilectos?: Vermeer.

¿Mis héroes de la vida real?: Los que despiertan mi amistad, mi admiración o mi respeto.

¿Mis heroínas históricas?: Las que han reunido estas condiciones en el pasado.

¿Mis nombres favoritos?: Susana y Rosaura, aunque no he conocido a nadie con estos nombres; supongo se deberá a oscuras razones estéticas.

¿Qué detesto más que nada?: La estupidez.

¿Qué caracteres históricos desprecio más?: Los que encarnan la mediocridad en el poder.

¿Qué hecho militar admiro más?: Los encamionados a oponerse espontáneamente a la injusticia.

¿Qué dones naturales quisiera tener?: Me conformaría con sacar el máximo partido de los que pueda tener ahora.

¿Cómo me gustaría morir?: Me gustaría poder prever mi muerte con tiempo.

¿Estado presente de mi espíritu?: Expectación, evolución.

¿Qué hechos me inspiran más indulgencia?: Los inspirados por la debilidad o el amor.

¿Mi lema?: No tengo.

¿El principal rasgo de mi carácter?: El deseo de afirmarme y ser feliz.

¿La cualidad que deseo en un hombre?: Inteligencia.

¿La cualidad que prefiero en un mujer?: Inteligencia, capacidad de ternura.

¿Lo que más aprecio en mis amigos?: Inteligencia y lealtad.

¿Mi principal defecto?: Quizá la timidez o la tendencia a hacer cálculos sobre las situaciones.

¿Mi ocupación preferida?: Leer, ver cine, escribir y conversar.

¿Mi sueño de dicha?: Felicidad personal y éxito profesional.

¿Cuál sería mi mayor desgracia?: En lo físico, la ceguera; en lo moral, la soledad.

¿Qué quisiera ser?: Lo que soy, en las condiciones de felicidad personal y éxito profesional que he aludido.

¿Dónde desearía vivir?: Tiendo a quedarme donde estoy.

¿Qué color prefiero?: En poesía, azul y plateado; en la vida, el amarillo y quizá el verde.

* * *

1 "La poesía es más profunda y más filosófica que la historia". Aristóteles.
P. G.: El concepto aristotélico es distinto que el actual acerca de la historia. Poesía e Historia coinciden en zonas distintas de la realidad.

2 "Dicen que me vuelvo niño; sera cierto, puesto que hago versos". Miguel Angel.
P. G.: La sensibilidad del poeta, como la del pintor, puede tener, en efecto, algo que ver con la sensibilidad infantil. Puede servir hasta de aserto, por ejemplo, el estudio de Freud sobre Leonardo de Vinci, o en crítica literaria el de T. S. Elliot sobre Edgar Allan Poe.

3 "Por cuerdo te juzgaba, aunque poeta". Góngora.
P. G.: La mayoría de los locos no escriben poesía y la mayoría de los poetas no están locos.

4 "O es muy fácil ser poeta o es imposible". Benavente.
P. G.: Esto es cierto en cuanto al inicio de la actividad poética, pero continuarla es lo más difícil, y nada es tan difícil para un poeta que envejecer sin perder la calidad poética. ■ MARGARITA RIVIERE.

país está en ruinas —mejor dicho, está en liquidación— y que el futuro, más o menos hipotético, no es capaz de absorber a ese pasado en su beneficio. Lo cual está determinando que todas las huellas del pasado sean liquidadas, si no es que, mucho más sencillamente, sean abandonadas o destruidas.

Lo grave del problema es que llegará un día, en un futuro no muy lejano, en que comprendamos que esas huellas de nuestro pasado son necesarias, material y absolutamente necesarias, para construir nuestro presente y nuestro porvenir, pero cuando llegue ese día ya no quedará nada o casi nada: todo habrá sido enajenado, vendido, destruido o abandonado...

Ya sé que hay remedios ortopédicos de urgencia para remediar esto. La ley de protección al patrimonio artístico, por ejemplo, y, mucho más recientemente la llamada «Operación rescate». (Ahora, en España, todos los «nove-dosos» que se inventan una mojiganga novedosa y publicitaria la llaman «Operación tal y cual».) Pues bien, ambas cosas son, por lo menos, insuficientes. La primera, la ley de protección a nuestro patrimonio artístico, porque no es más que una ley-traba, porque no sabe decirnos más que lo que no debemos hacer con la obra de arte, pero de ninguna manera qué es lo que tenemos que hacer con ella. Lo segundo, la «Operación rescate» porque, si bien es capaz de crear un clima casi deportivo para sacar a la luz muchas cosas de cada uno de nuestros rincones, deja a toda esa actividad demasiado confiada al azar y a la falta de disciplina científica. Con todo, mientras no existan otras leyes, debemos apoyar a las ya existentes. Demasiadas cosas se filtran, a pesar de todo, para que, además, le impon-gamos trabas a esa traba. Pero esa ley, a lo que parece, nos defiende sólo del despojo de obras egregias y museales y no le impone casi ninguna traba a los pequeños objetos, a los muebles, a los elementos de uso doméstico, etcétera. Con lo cual, y llevando las cosas al absurdo, podría ocurrir un día que este país no tuviese más huellas de su pasado que sus iglesias desnudas y los cuadros y esculturas

de sus museos, pero le faltaría la huella complementaria de todos los objetos que complementaban esa ambientación. Que alguien investigue, por ejemplo, lo que se exporta permanentemente en muebles y objetos viejos con destino al anticuario europeo y se comprenderá el volumen de ese despojo.

De todas maneras, insisto, las leyes restrictivas en este orden no son más que procedimientos ortopédicos de pura negación. Había que hacer leyes contrarias a ésa, leyes de pura afirmación.

Yo tengo un ejemplo alentador y magnífico de lo que se puede hacer frente a eso: el ejemplo de Covarrubias.

Este cura, por ejemplo

Este cura es don Rufino Vargas Blanco, capellán —tiene otras dignidades eclesiásticas que a mí se me escapan— de la magnífica Colegiata de Covarrubias, en Burgos. Si don Rufino hubiera sido un cura adocenado, hubiera conservado, sí, el magnífico tríptico hispano-flamen-co que es gala y ornato de su Colegiata, pero poco a poco hubiera dejado ir escapándose toda la serie «menor» de tablas magníficas —algunas pueden ser de Berruguete—, de libros, de ropajes litúrgicos, etcétera, que atesora la iglesia. Lejos de ello, don Rufino no sólo atesoró todo lo que estaba disperso por la iglesia, sino que, además, buscó por rincones increíbles —por los huecos que quedaban entre el artesonado y el techo propiamente dicho— y encontró obras verdaderamente esplendorosas. Con todo ello, y creo que con una parca asignación inicial de no sé bien qué prócer benéfico, inició un museo diocesano que hoy es verdaderamente ejemplar. Además, don Rufino no se limitó a eso. Se dedicó a investigar en la vetusta historia de Covarrubias y su Colegiata y, por ejemplo, sacó a la luz la historia de esa princesa noruega que está enterrada en el claustro. Algún día haré el reportaje con la historia de las aportaciones de este cura ejemplar a la cultura española. Mientras

tanto, quiero sólo señalar aquí su ejemplo.

Su ejemplo, sí, porque lo que hay que hacer es eso. Reunir nuestros tesoros dispersos y ofrecérselos, de manera museal, a los españoles. Si yo fuese alguien, dispondría la creación de museos de todo en toda España. Aprovecharía edificios vetustos, castillos o palacios hoy en ruinas, y pondría en cada comarca —si fuera posible en cada pueblo— un museo de lo que haya caracterizado a la actividad artística, artesanal o industrial de su pequeña región. Cerámicas, trabajos populares, trajes regionales, bordados, exvotos, trabajos de

pastor, muebles, etcétera, tendrían exhibiciones permanentes en sus lugares de origen más idóneos. Por supuesto, también habría museos de arte y de arqueología.

Creo que si se desarrollase una emulación local o regional en ese orden, nacería un deportivismo de todo eso que complementaría a la operación rescate y, sobre todo, complementaría a todos las medidas proteccionistas de nuestro patrimonio artístico. Pero ésta no sería la única medida. De momento, sí, serviría para que esa España, que llamamos «diferente» fuese mucho más habitable. ■

MORENO GALVAN.

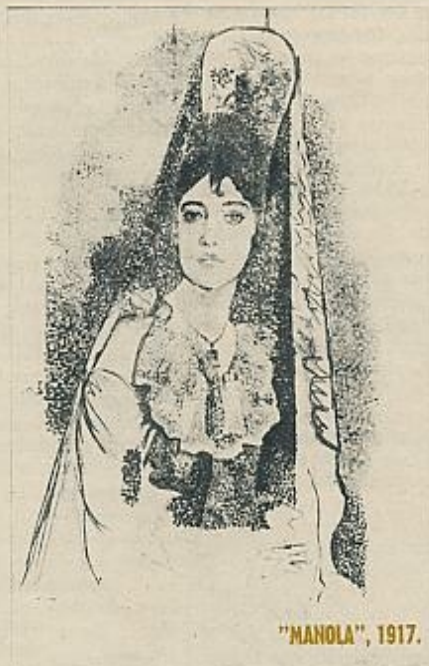
Conversación en la librería

Entré en la librería. La muchacha, de faldita breve y gafas Barbudo, abrió una sonrisa culta. «¿Tiene usted la última novela de Graham Greene? No recuerdo el título...». La muchacha entendió rápidamente: «Se llama *Travels with my aunt*. Aquí la tiene usted, en una bonita edición de Bodley Head...». Me animó el éxito. «También quisiera, y tampoco recuerdo el título, la última novela de Ana María Moix». La muchacha perdió la sonrisa. «¿Cómo dice usted? ¿Quiere usted darne letras?». Deletreé. «¡Muá!», tradujo ella rápidamente al francés. Era una tontería, pero daba gusto verla fruncir la boquita y hacer la onomatopeya de beso de curso oficial en la calle de Serrano («muá, muá»). «No, no es francesa», expliqué. Había oído al quite otra compañera, también con faldita, gafas y sonrisa inteligente —de la misma colección—, que exclamó rápidamente: «¡Moecs, Moecs!», con un pequeño graznido de pájaro. «No, no, tampoco es inglesa». Las onomatopeyas habían atraído al señor importante de la librería, que apartó a las avocillas culturales y me tranquilizó. «Verá usted —dijo—, a mí me suena ese nombre, pero...». «La sonará a usted de Terenci Moix...». «¡Teréns Muá!», gritó la trancazona, al mismo tiempo que la anglótona exclamaba: «¡Téres Móecs!». «No, no —volví a explicar—, son dos hermanos...». El señor me miró como si estuviese ahuyentando a un insecto. «Son catalanes». El señor y las señoritas aumentaron su mirada de reprobación. «Estos días han hablado de ellos los periódicos...». «¡Periódicos!» —dijo el señor importante de la librería—. «Aquí no hemos periódicos. Y no tenemos nada de esos autores. Será mejor que busque usted en una librería más corriente». Y así, pagué mi ejemplar de Graham Greene y me fui. ■ H.

BARCELONA, CIUDAD DE PICASSO



"CIENCIA
Y CARIDAD",
1896.



"MANOLA", 1917.

Fue en 1919 cuando Picasso dio a Barcelona por vez primera una obra suya: el «Arlequín». Después de la donación de Sabartés, el secretario y amigo íntimo del pintor, la ciudad catalana podía ofrecer una muestra espléndida de la obra picassiana. Ahora, la entrega de la colección que se guardaba en casa del doctor Villato, en el paseo de Gracia (cerca de 900 telas, dibujos y croquis), convierte al museo de la

calle Moncada, el antiguo palacio de Berenguer de Agullar, en el más importante del mundo sin duda alguna.

La donación, tramitada a finales de febrero, y en la que ha tenido una participación importante Jacqueline, la mujer del pintor, viene a ser un homenaje a la ciudad que tan ligada está a los años jóvenes del artista malagueño: estudió en

su Escuela de Bellas Artes, en la que era profesor de dibujo José Ruiz Blasco, su padre; allí conoció sus primeros éxitos artísticos, y en ella vivió los días de bohemia y de comunicación artística de Els Quatre Gat, tertulia de Ramón Casas, Santiago Rusñol, Utrillo, Nonell, Sabartés y él.

La obra que enriquece el museo de la calle Moncada fue ejecutada en Málaga, La Coruña y Barcelona.

Aparte del valor artístico que toda ella posee, algunas de las telas donadas tienen un enorme interés para el estudioso y el exegeta de la obra picassiana: por ejemplo, el cuadro titulado «Ciencia y Caridad» (1896), o los dibujos correspondientes al movimiento literario y artístico catalán al que nos hemos referido... Hay y cuadros puntillistas, como la «Manola» que aquí reproducimos, o de la época ya cubista.